

que se trataron en Calcedonia, no es el mismo en todos los ejemplares. Esta diversidad, que no se concreta solamente á las actas de este Concilio, provenia de que los obispos de las Sillas principales llevaban cada uno sus notarios particulares á los Concilios generales, y les hacian trasladar ó redactar las actas segun lo que cada cual necesitaba. Todos recogian cuidadosamente lo que interesa universalmente á la Iglesia, como los puntos de dogma y la disciplina general; pero en lo respectivo á los asuntos particulares, aquellos á quienes no interesaban, ó los omitian, ó no los ponian en su coleccion sinó segun el grado de importancia que querian darles.

El emperador Marciano sostuvo con toda su autoridad los decretos de Calcedonia. Dióscoro, alma de la heregia eutiquiana mas que el mismo Eutiques, fué confinado á Pafladonia, donde murió miserablemente. Para quitarle desde luego toda esperanza de ser restablecido jamás, se dió orden á Teodosio, gobernador de Egipto, de que reuniese el pueblo y el clero de Alejandria con el objeto de elegir nuevo patriarca (1); y efectivamente, eligieron á Proterio á quien Dióscoro habia nombrado vicario suyo al partir al Concilio; pero tenia á su favor otros títulos. A mas de su prudencia y habilidad, que podian haberle merecido la confianza de su patriarca, era de eminente virtud, lo cual le atrajo muchos disgustos de parte de un pueblo licencioso y muy adicto al último patriarca, que no incomodaba á nadie en su manera de vivir.

Cuando este pueblo vió mudada enteramente la escena y que se procedia á la ejecución de los decretos canónicos, reclamaron á Dióscoro con furor y llegaron á los mayores excesos (2). Inficionados ya los

(1) Nicoph. lib. 15, cap. 9.

monges, y en gran número, de los nuevos errores, fomentaban el descontento y la sedicion, y tomando parte en las disensiones se mostraban los mas furiosos. Greyó el emperador que podria tener á raya á Alejandria cortándola la distribucion ordinaria de granos, y prohibiendo los baños y los espectáculos; pero subiendo cada vez mas de punto la confusion y el motin, pareció mejor disimular con un pueblo tan conmovido y considerable, y efectivamente se calmó por algun tiempo. El obispo Proterio corria entretanto riesgos casi continuos, y su pontificado jamás estuvo del todo pacífico. Como la nueva heregia tenia por autores y defensores á los monges, desde entonces aquellas provincias, llenas de cenobitas y solitarios, quedaron de tal modo infestadas que nunca volvieron completamente á la pureza de la fe. De este modo principió el cisma de los que despues se apellidaron coptos ó jacobitas, y que todavía existe.

No fué tan grande el daño en Palestina, pero no dejó de haber allí muchas turbulencias, causadas por un monge intrigante y vicioso llamado Teodosio. Habia sido ya antes convencido de muchos delitos por el obispo, y arrojado por ello de su monasterio. Pasó á Egipto, y se declaró furiosamente contra el mismo Dióscoro, entonces patriarca, y se le condenó á ser azotado en público y paseado por la ciudad en un camello. La faccion del monge Bársumas vino muy á tiempo para animar las esperanzas de Teodosio en la infamia que acababa de sufrir; pero le era indispensable sacrificarse á Dióscoro, autor de aquel ultraje, en lo cual su bajeza de alma no encontró tropiezo alguno. Teodosio fué al Concilio de Calcedonia, volvió al punto despues á Palestina, y clamó por todas partes, con una desvergüenza ó insolencia sin freno, que el Concilio habia hecho traicion á la fe, restable-

cido la heregia de Nestorio, y reconocido en Jesucristo dos personas que era necesario adorar.

La emperatriz Eudisia, retirada á esta provincia desde su viudez, no habia depuesto aún sus celos contra Pulqueria, y asi es que no tardó en preocuparse contra un Concilio que su rival protegía, y se declaró á favor de la faccion del monge Teodosio, que por este medio llevó tras sí en poco tiempo la mayor parte de los monges y del pueblo. Cuando Juvenal de Jerusalem regresó de Calcedonia, donde por fin se declaró generosamente por la buena doctrina, intentaron hacérsela abjurar, pero con tal violencia y desorden tan espantoso, que se tuvo por muy feliz en poder volver á toda prisa á buscar un asilo en Constantinopla. Sobornaron á un infame para que le asesinasen; pero erró el golpe, y queriendo de un modo ó de otro ganar su salario, mató á Severiano, obispo de Seitópolis.

Quedando, pues, entonces libre el campo á los cismáticos, se congregaron en Jerusalem y eligieron obispo suyo á Teodosio, el cual ordenó á otros para muchas ciudades de la Palestina, particularmente en las Sillas de los que no habian vuelto aun de Calcedonia (1). Estaba distante el gobernador de la provincia, y ocupado con sus tropas contra los bárbaros. Trastornáronlo todo durante su ausencia, y tomaron sus medidas para no temerle á su vuelta. Al efecto no se detuvieron en abrir las cárceles y en dar indistintamente libertad á todos los malvados; los cuales unidos á la gente de Teodosio y Eudisia, osaron cerrar las puertas de la ciudad al que tenia en el país toda la potestad del emperador. Ejercióse la mas violenta persecucion contra el que no abrazase la comunión de Teodosio; tuvieron la insolencia de fulminar

(1) Nicoph. lib. 15, cap. 9.

anatema al Concilio de Calcedonia y al Papa Leon: saquearon los bienes de unos, entregaron á las llamas las casas de otros, los golpearon y azotaron con crueldad, y ultrajaron indignamente á las mugeres mas ilustres, y por fin hicieron muchos mártires. Asi ocupó Teodosio cerca de dos años la Silla episcopal de Jerusalem.

De muy diverso modo recibieron las provincias occidentales las decisiones del santo Concilio. Ya San Leon les habia enviado, al menos á los obispos de la Galia, su carta á Flaviano, y fué recibida con respeto y accion de gracias, segun se lo notificaron de sus siete provincias en número de cuarenta y cuatro obispos de una sola vez, sin hacer mérito de otras muchas cartas particulares. Asi que las decisiones de Calcedonia fueron recibidas en Roma, se las envió el Papa con una copia de la sentencia dada contra Dióscoro. Lo propio verificó y con igual resultado con los obispos de la Galia Cisalpina ó del Milanésado, y probablemente con los prelados de todas las provincias restantes. En la contestacion de los cisalpinos, que es una carta sinodal como la de los cuarenta y cuatro obispos de la Galia propiamente dicha, declaran que han leído en su Concilio la carta de Flaviano, y encontrádola conforme á la Sagrada Escritura y escritos de los Padres, y en su consecuencia condenan como ella los nuevos errores suscitados contra el misterio adorable de la Encarnacion.

Durante estas alternativas de dolor y de consuelo, vióse súbitamente abismado el santo Pontífice en nuevos sobresaltos, con motivo de la irrupcion de los hunnos, que al mando del terrible Atila amenazaban con una fatal desolacion á las mas hermosas provincias del Occidente. Habian entrado éstos bárbaros en las Galias desde el año anterior, y talado las ciudades de Colonia, Tréveris, Metz, Rhems, Besanzon, y todas las me-



jores plazas que habian encontrado en su tránsito hasta Orleans, á escepcion de Paris, que se vió libre por Santa Genoveva, como Troyes por San Lupo (1).

No fué suficiente toda la santidad de Genoveva para librarse de la calumnia, aun viviendo el mismo San German que dió las pruebas mas evidentes de la grande estimacion en que tenia á la Santa (2). Despues de la muerte del santo obispo y por su orden tomó tambien su arcediano la defensa de esta ilustre virgen, y la precision de ausiliarla jamás fué tan perentoria como en el instante en que los parisienses se vieron amenazados por el terrible Atila. Turbados hasta el delirio por el exceso de su consternacion y por lo cercano del peligro, se tornaron contra su misma bienhechora. Llegó á Paris el arcediano de Auxerre á tiempo que conspiraban contra ella, ó mas bien cuando su muerte estaba ya decretada, y no se trataba ya mas que del modo de ponerla en ejecucion, si habria de ser apedreándola, ó si arrojándola en el rio. Todo su crimen era su fé y aquella intrépida confianza en Dios, que en tanto que los ciudadanos se deshonoraban con un cobarde temor, la hacia exhortarlos á que permaneciesen impertérritos en su ciudad, pues el Señor la queria preservar, en vez de refugiarse, como pensaban, en las plazas inmediatas que serian saqueadas.

El arcediano hizo renacer en los parisienses la equidad y la razon, reanimando su valor y hablándoles de Genoveva con las siguientes palabras: «Guardaos de intentar cosa alguna contra esta santa virgen; siempre tendré presentes las palabras con que oí muchas veces celebrar sus virtudes al santo obispo German.» Por último, los parisienses pusieron su confianza en los consejos de la Santa, y Paris se salvó. Todas

(1) Gregor. Turon. lib. 2 hist. cap. 6 et 7.

(2) Bolland. ad diem 3 Jan.

las preocupaciones volviéronse entonces accion de gracias y veneracion religiosa. El nombre de Genoveva no solo fué celebrado en todas las Galias, sino tambien en los confines del Oriente; de modo que el ilustre San Simeon Stilita se hacia encomendar en sus oraciones por medio de todos los galos que iban á visitarle. Los reyes mismos hablaban de ella con respeto. Clodoveo la honró muy particularmente durante su vida, que llegó hasta la edad de mas de ochenta años á pesar de sus austeridades, y asi murió cerca del año 500. Sobre su sepulcro mandó aquel rey levantar la Basílica de San Pedro y San Pablo, á la cual el pueblo emulando la piedad del monarca, dió insensiblemente el nombre de Santa Genoveva, y la tomó por su patrona y protectora.

Aun se vió mucho mas cercana á su ruina la ciudad de Troyes que la de Paris. Ya el rey y el innumerable ejército de los hunnos avanzaban contra ella, anunciando su postrera calamidad con la sangre y fuego, de que dejaban funestas señales por donde pasaban, cuando el obispo San Lupo emprendió salvarla (1). Este impertérrito Pastor salió al encuentro del príncipe feroz, cuya sola vista causaba terror y espanto. Era de mediana estatura, pero de espaldas anchas, pecho abultado y cabeza enorme: los ojos pequeños pero vivos, la nariz roma, los cabellos desgredados, y el color muy oscuro, de modo que su aspecto unido á la firmeza de su andar y los movimientos convulsivos que le agitaban de continuo, era suficiente para inspirar terror, y justificaba el nombre de *Azote de Dios* que él se complacia en tomar (2). Superior Lupo al espanto general llegóse á Atila y le preguntó qué queria ó qué buscaba. «Ignoras quién

(1) Sur. ad diem 29 Jul.

(2) Jornand. cap. 42, pag. 71.

soy? respondió el bárbaro: el azote del Dios vengador cumple su destino.»—«Y yo, dijo el Santo, soy un Lobo sin su ferocidad natural, y encargado de guardar el rebaño del Dios de misericordia. Perdonad á las débiles ovejas y herid solo al Pastor.»—Esta serenidad y confianza agradó al feroz hunno, cuya alma amansó el Señor, y Troyes fué libertada.

Atila pasó á sitiar á Orleans, y entre tanto todos los pueblos extranjeros establecidos en las Galias, los godos, los francos y los borgoñones, unidos con los romanos por el temor de un enemigo mas terrible, se acercaron para combatirlo; por lo cual levantó el sitio y se retiró á Champaña (1). Siguióle con sus aliados el general romano, que era Aecio, y le derrotó, lo cual le obligó á dejar las tierras del imperio (a); mas el año siguiente reparando sus pérdidas, volvió por la Panonia y penetró en la Italia, proponiéndose nada menos que tomar á Roma. El ejército de los hunnos, compuesto de trescientos mil combatientes al mando de un príncipe tan guerrero como valiente, inspiraba tal terror y habia tan pocas fuerzas para resistirle, que el emperador Valentiniano y el valiente Aecio meditaban abandonar el centro del imperio.

Mas antes quisieron tentar el medio de la negociacion, pidiendo á San Leon, Papa, que se pusiese á la cabeza de esta embajada, y con efecto logró mucho mas de lo que se esperaba (2). Se ha creído que este conquistador no habia podido detenerse en el curso de tan feliz expedicion, sino por

(1) Sidon. Epist. 15.

(a) La descripcion de esta célebre batalla, que despues se llamó de los campos Catalaunicos, puede verse en el P. Mariana, lib. 3, cap. 3. Al principio de esta accion murió Teodoro, rey de los godos. Sucesióle su hijo Turismundo, á quien durante la batalla le proclamó el ejército, y poco despues fué coronado en Tolosa, que era entonces la capital del reino de los godos.

(N. del E.)

(2) Prosp. et Casiodor. Chronic. ad ann. 452.

B. del C., tomo XVII. — IV. — HISTORIA ECLISIÁSTICA. — Tomo II.

algun formidable prodigio; pero el poder del cielo que tiene en su mano el corazon de los tiranos y la elocuencia prodigiosa que inspiró al santo Pontífice, no eran menos eficaces que las mas terribles visiones. Las tropas mismas de Atila miraban á Roma como una ciudad santa, cuyo ataque seria funesto, y los hunnos se decian unos á otros que Alarico despues de haberla saqueado no habia vivido mucho tiempo. Atila, encantado de ver á San Leon, cuya nombradía era tan extraordinaria, mandó cesar las hostilidades y se retiró á la otra parte del Danubio prometiendo hacer la paz.

Julian de Cos, que seguia encargado de los negocios del Papa en Constantinopla, escribió una carta á San Leon, manifestándole el sentimiento que le causaban los males que habia sufrido la Italia con la irrupcion de los bárbaros. Interesóse al propio tiempo á favor de Aecio, arcediano de Constantinopla, á quien el patriarca Anatolio, con pretexto de honrarle, pero en la realidad para despojarle del arcedianato, que daba mucho crédito, y tenerle en una especie de destierro, le habia ordenado presbítero titular de una iglesia fuera de la ciudad. Lo que era aún mas irregular, es que por sucesor de este católico celoso habia elegido á cierto Andrés, amigo de Eutiques y acusador que fué de Flaviano; de modo que Anatolio se hacia en extremo sospechoso de no haberse separado sinceramente de los hereges. Hizo San Leon sus representaciones sobre este asunto al emperador y á la emperatriz, exhortándolos vivamente á que obligasen á Anatolio á mudar de conducta (1).

Tambien les recomendó al obispo Julian, para quien estas cartas servian de credenciales en calidad de legado encargado de defender en Constantinopla en nom-

(1) S. Leo. M. Epist. 57 et 58.



bre del Papa los derechos de la fé y de la Iglesia contra las heregias que corrian. Tal es el principio de los legados, llamados despues *apocrisarios* ó *corresponsales*, á imitacion de los agentes que ya tenian allí los patriarcas de Alejandría y Antioquia; mas los de Roma estaban además empleados especialmente en lo tocante al interés general de la Iglesia, y Julian tenia tambien particular encargo de vigilar de cerca al obispo Anatolio que daba bastante motivo para esta institucion, cuya necesidad no se habia echado de ver tanto hasta aquel entonces. No dejaba San Leon de avisar á Julian todo cuanto escribia á la córte. Pediale noticias ciertas de la iglesia de Alejandría y relaciones todavia mas circunstanciadas acerca de los desórdenes promovidos por los monges de Palestina, de los cuales solo en confuso habia oido hablar el Papa.

Poco despues recibió las noticias que ansiaba, y al mismo tiempo la nueva feliz de que la córte habia puesto remedio á un mal tan urgente. A peticion de Juvenal de Jerusalem, refugiado como hemos visto en la ciudad imperial, habia escrito el emperador á los monges de Palestina, para atraerlos por medio de la dulzura y de la persuasion; esforzándose á hacerles conocer la inconsecuencia de entregarse á Teodosio sectario de Eutiques, al propio tiempo que anatematizaban el eutiquianismo. Sin duda Marciano creia dignas de indulgencia la ignorancia y simplicidad de estos solitarios; pero no les dejó ignorar que el darles estas muestras de su clemencia y bondad era á ruegos del obispo Juvenal y con la esperanza de que se convirtiesen.

Mayor severidad se usó con el falso obispo Teodosio, autor de todos estos desórdenes; pues el gobernador de Palestina recibió orden para prenderle y hacerle castigar; pero el culpable lo supo á tiempo, y se fugó. Muchos cómplices de sus violen-

cias, aun entre los monges, fueron condenados á penas corporales (1). Juvenal tornó á su Silla, depuso á todos los que habia ordenado Teodosio, y tuvo un sínodo para desvanecer las preocupaciones de los ánimos débiles contra el Concilio de Calcedonia y fortificarlos contra las calumnias de los cismáticos. La carta sinodal dirigida con este motivo á los abades y monges, fué firmada por todos los obispos de las tres Palestinas.

La astucia de los sectarios habia llegado hasta divulgar que el Papa Leon no aprobaba el Concilio de Calcedonia. Aunque esta invencion; atribuida á Anatolio, estaba tan destituida de verosimilitud, hizo no obstante tal impresion que el emperador pidió al Pontífice que la desmintiese formalmente. Aun sin contar la carta á Flaviano, sola la distincion que hacia Leon entre el Cánón de las prerogativas de la Iglesia de Constantinopla, que reprobaba, y las decisiones de fé que habia aprobado formalmente, era ya bastante para dar á conocer lo que pensaba de las decisiones dogmáticas de Calcedonia; pero á fin de contentar al emperador y no omitir cosa alguna en un negocio de tanta importancia, dirigió otra carta á todos los obispos que habian asistido á este Concilio, declarándoles nuevamente que aprobaba lo establecido acerca de la fé, y que el que osase sostener el error de Nestorio ó el de Eutiques y Dióscoro, debía ser separado de la Iglesia (2). El emperador quedó satisfecho, y los asuntos eclesiásticos principiaron á tomar un rumbo feliz.

Mas apenas se disfrutaba de este consuelo, cuando el emperador y todas las almas buenas sufrieron la pena de perder á la emperatriz Pulqueria, que murió el año 455, á la edad de solos cincuenta y

(1) Nicephor. lib. 15, cap. 9.

(2) S. Leo. M. Epist. 61.

cuatro años; muger fuerte, virgen pura, digna de reinar en los cielos como en la tierra, y á la que venera la Iglesia con culto público el dia 10 de setiembre. Si ella hizo de la córte un retiro de virgenes fervorosas, aun fué un espectáculo mas admirable ver á la esposa de un emperador darlas el ejemplo de las virtudes de su estado, y aunar de tal modo las obligaciones del cristianismo con las del trono que, lejos de oponerse estas dos funciones, sacaban una de otra un nuevo vigor y lustre. Levantó muchas iglesias magnificas, y entre ellas tres en honor de la Reina de las vírgenes. Fundó y dotó muchos hospitales y monasterios, y dejó todos sus bienes á los pobres por medio de un testamento que Marciano ejecutó con religiosa fidelidad. Mas lo que pinta en un solo rasgo el mérito de esta princesa, la energía y elevacion de su alma y la solidez de su virtud y de su espíritu, es que jamás se vió el imperio mas dichoso ni mas seguro que cuando su hermano Teodosio la dejó gobernar. Por el contrario, cuando entregado á los eunucos ó á la rivalidad de su muger no seguia á este ángel tutelar, puso Teodosio el imperio y la Religion muy cercanos á su ruina; de suerte que el Oriente espuesto á los asaltos de los sectarios y de todos los hombres revoltosos hubiera sucumbido indudablemente, como lo testifica San Leon, si no le hubiera sostenido esta incomparable muger.

Harto diversa fué la muerte del emperador Valentiniano III, acaecida el 7 de marzo del año 455 (1). Este príncipe, que apenas rayaba en los treinta y seis años cuando pereció, habia desmentido mucho las favorables ideas que de su virtud se habian concebido en otro tiempo. La molicie y la incontinencia amancillaron todas sus buenas cualidades, y este último vicio fué al fin la

causa de su ruina. Hacia ya algun tiempo que se daba sin reserva á esta pasion vergonzosa. La muger del patricio Máximo, uno de los primeros personajes del Occidente, no era menos recomendable por su virtud que por su belleza; desesperando, pues, Valentiniano de poderla seducir, la sorprendió brutalmente y llegó hasta los mayores excesos (1). Luego que ella pudo huir, fué bañada en lágrimas á noticiar á su esposo su deshonor y desesperacion; encerróse despues en su cuarto llevando ya la muerte consigo, y efectivamente murió á los pocos dias.

Máximo, descendiente del emperador del mismo nombre que habia reinado algun tiempo en las Galias, concibió una ambicion que le parecia cohonestable por el débil derecho de su cuna. No obstante, disimuló ante Valentiniano, y fingió no saber la deshonor de su esposa, y aun tuvo suficiente serenidad de espíritu para comprender que aun cuando vacase el trono no podria aspirar á él en tanto que existiese Aecio. Trató, pues, de indisponerle con el príncipe, y de tal suerte le persuadió de que Aecio, orgulloso con sus triunfos, aspiraba al imperio, que este cobarde y bárbaro emperador cosió á puñaladas por sus mismas manos á aquel gran capitán. Despues de este horroroso asesinato, paseándose en el campo de Marte, fué asaltado por dos de la gente de Aecio movidos por Máximo, los cuales mataron en público á Valentiniano sin que nadie acudiera á su defensa. Asi acabó el último príncipe de la sangre del gran Teodosio. Inmediatamente fué reconocido Máximo por emperador y se desposó con Eudisia, viuda de Valentiniano, que aun ignoraba que este nuevo esposo habia sido el asesino del primero.

Mas al descubrir ella esta infame trama,

(1) Prosp. Idac. et Marcel. Chronic. ad ann. 455.

(1) Evagr. lib. 11 hist. cap. 7.